

En conjunto, podemos hablar de estos *Tiempos, lugares y sueños* como de una crónica novedosa en más de un sentido. Novedosa en tanto incorpora un territorio virtualmente ignoto al cuerpo de la literatura nicaragüense contemporánea, y en tanto lo logra con las armas de la poesía; un ojo poético atento siempre al fluir del tiempo, a la exterioridad del contorno, sin caer por eso en el exteriorismo programático. Una crónica que tiene también las características del diario personal, aspecto que, entre otros, a veces hizo pensar a este lector en *El soldado desconocido*, de Salomón de la Selva, ilustre combatiente de la Primera Guerra Mundial. Salud, pues, a la poesía, y a Manuel Martínez.

ALVARO URTECHO

CARLOS ALEMAN: *Boarding house San Antonio*, Ediciones literarias, México, 1985.

La aparición de una obra literaria narrativa en Nicaragua es prácticamente un acontecimiento cultural. Esta afirmación no es gratuita si tenemos en cuenta el desolador panorama que presenta el género en cuanto a creación viva, dinámica, presente, se refiere. Un simple vistazo al conjunto de la literatura nacional revela la escasa presencia de cuentos, relatos, novelas. Añoramos al Balzac, al Dostoyevski, al Kafka o al Faulkner que nos refleje, que nos cuente, que nos problematice, que refleje nuestras contradicciones, los estratos visibles e invisibles de una sociedad que marcha en busca de su identidad. Es un hecho, cada vez más innegable, que la sociedad, los grupos sociales nicaragüenses desean verse transfigurados en la ficción, en la fábula, en esos grandes intentos de comprensión representativas que son las novelas. No cabe duda que una narrativa consistente y seria ofrece, aunque no sea esa su intención primordial, un testimonio, un documento fiel de la época, más fiel aún por su carga de vivencia y subjetividad objetivadora, que la fría documentación sociológica o periodística.

Boarding house San Antonio de Carlos Alemán Ocampo (1940) es una novela corta, una *nouvelle*, como dicen los franceses. Estructurada en 19 episodios, esta obra intenta adentrarnos en un mundo conformado por la Managua de antes del terremoto, concretamente la Managua céntrica del Barrio San Antonio. El eje en torno al cual gira el movimiento de la historia es una pensión, una casa de hospedaje típica de aquellos tiempos, con estudiantes provincianos, empleados, vendedores, personajes bohemios y muchachas en busca de fortuna. Todo este pequeño mundo (un espacio limitado pero rico en inquietudes y ambiciones, complejo y significativo en su aparente simpleza) es visto a través de la óptica del personaje-narrador, un personaje que ha escogido la entonación de la primera persona para darle mayor transparencia

y efectividad a la historia. Un personaje que es, evidentemente, un estudiante de pueblo con inquietudes intelectuales y políticas. Su enfrentamiento con el entorno social capitalino (representado fundamentalmente por la pensión y los seres que viven en ella) constituye lo interesante de la trama y lo que más atrae la atención del lector.

El ritmo de la obra es lento, moroso. El lenguaje es plano, directo, coloquial, un lenguaje que no profundiza en la materia tratada, limitándose sólo a contar y a referirse, muy de pasada, a la interioridad del personaje. Al comienzo, en las primeras páginas, se anunciaba un lenguaje poético rico

Esa mañana todo queríamos ir al mar. Sentía una tremenda necesidad: de lo azul y de los espumarajos. El sol cayendo vertical sobre la arena. Arrecostándome entre las pequeñas múltiples dunas de la playa, corriendo al encuentro de cada ola ...,

un descubrimiento maravillado del mundo, pero este espesor de la mirada poética se ve muy pronto sobrepasado por un desfile de anécdotas, sucesos, noticias, peripecias y relaciones que, a nuestro juicio, sobrecargan el ambiente, restándole dinamismo y profundidad a los personajes y a la misma historia. Es evidente que la intención fundamental de Carlos Alemán ha sido ofrecernos una crónica, pero consideramos que hubiera lucido mejor su oficio de escritor exhibiendo sus dotes de buen narrador, tal como lo hizo en *En esos días* (obra escrita en la misma época que *Boarding house*, y en la que logra expresar, en ritmo vertiginoso y ascendente, un cúmulo de vivencias parecidas a las que trata en el *Boarding*).

El tratamiento del sexo, algo novedoso en la narrativa nicaragüense, pese a adquirir una importancia central en la obra comentada, no se corresponde con un verdadero erotismo, fuente de comunicación y belleza; por el contrario, se aborda de una manera fría, esquemática, prácticamente naturalista:

Le dio un ataque de lujuria, se tiró sobre mí y me acarició todo el cuerpo. Después me decía frases sueltas relacionadas con mi manera de abrazarla y de poseerla. Todo lo solucionaba diciendo que yo era rico, rico y sabroso Se movía bien rápido, no pude controlar la eyaculación y como ésta se sobrevino se molestó

En todo lo largo de la obra aparecen este tipo de escenas, recurriendo frecuentemente a la obscenidad. No tengo nada contra el uso de lo obsceno en literatura. Todo lo contrario: soy un ferviente lector de Bataille, Sade, Genet y Miller. Lo que me disgusta en el *Boarding* es el hecho de que las expresiones obscenas no están integradas a una mística o metafísica del Eros, ni siquiera al ritmo de la escritura: más bien yacen aisladas, bordeando la vulgaridad y la ingenuidad adolescente.

Aparte del sexo y la presentación continua de la vida cotidiana de la pensión (las "pobres gentes" de Dostoyewski) con sus sordideces y sus

miserias, está el otro plano representado por la vida política y social que discurre fuera del *Boarding*. El personaje-narrador va haciendo referencia a esa feroz realidad (la lucha de los estudiantes revolucionarios contra el régimen de Somoza Debayle, la presencia clandestina del Frente Sandinista, la figura heroica de Julio Buitrago), utilizando muy hábilmente el monólogo interior y el diálogo relampagueante con protagonistas de la lucha. Así, desde el agrisado, rutinario y deteriorado mundo de la pensión, se va perfilando todo un contexto político en el que irá involucrando progresivamente el narrador hasta llegar el momento de la elección: la elección de nuevas gentes, nuevo espacio, nueva vida, nueva historia, y la reconciliación con el sentido común del pueblo.

Como parte integrante del plano social hay que mencionar la presentación del mundillo bohemio de los intelectuales, artistas y *snoobs*. El mundillo del *Café de la India*, *Bellas Artes*, *La Tortuga Morada*, que el autor vivió intensamente. Esos personajes aparecen muy parcamente en la crónica, pero alcanzan una contundente caracterización, como el episodio XI en donde un conocido poeta antisomocista saluda a la Primera Dama.

Boarding house San Antonio, aun con todos sus aciertos y descubrimientos, es una novela fallida, y esto no lo decimos pensando solamente en su débil estructuración episódica, sino en todos los elementos echados a perder por un poco riguroso planteo de la escritura. ¡Cuánta vida, cuánta historia subterránea y reciente no tenía Alemán para haber logrado la primera novela urbana de nuestro país! El podía hacerlo, y lo puede hacer: Carlos Alemán Ocampo es un auténtico narrador. A fines de los años 60, con sus primeros cuentos publicados, llamó poderosamente la atención. Había en ellos magia, lenguaje, mundo, una manera de decir las cosas que se sentía nueva en la narrativa nacional. *En esos días* (1972) es el buen inicio del novelista que necesitamos.

ALVARO URTECHO